

REVISTA CORDOBESA,

DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES.

Se publica todos los Domingos.—Los precios son en CORDOBA 4 rs. al mes.—En PROVINCIAS 15 rs. el trimestre y 52 al año.—En el ESTRANGERO 18 y 62.—En ULTRAMAR 24 y 90.

La redaccion en casa de su director Sr. Conde de Torres-Cabrera.—Se suscribe en Córdoba casa del director económico Sr. D. Rafael Bastida, Plazuelas de S. Juan n.º 22.—Fuera en las principales librerías

REVISTA GENERAL.

La anexion de Niza y la Saboya á la Francia es la cuestion que ha alcanzado el privilegio de ocupar por completo la atencion de Europa; y por mas que en nuestro concepto no tenga en si la importancia que ha querido dársele, es lo cierto que la prensa de todos los paises y la diplomacia le han dado un lugar preferente. Siguiendo, pues, nosotros el movimiento general, nos dedicaremos tambien á ella con mas detencion que á todas las demás.

El sufragio ha terminado de la manera mas satisfactoria para el imperio que ya todos esperábamos, el que ha sido recibido en aquellas Provincias con frenéticas manifestaciones de entusiasmo; y aun cuando algunos Saboyanos del Norte protestan, queriendo los unos su reunion á la Suiza, y los otros que la Saboya se constituya en Ducado independiente, es lo cierto que la anexion puede considerarse casi como un hecho consumado, y por lo tanto, segun acaba de practicarse con la de los Ducados y las Romanías, un asunto sobre el que ya no cabe ninguna clase de controversia. Asi lo habrá comprendido la Francia, y por cierto que el gabinete de las Tullerías no dejará de aprovechar la ventajosa posicion en que ha sabido colocarse.

Verdad es que se esperan grandes tempestades con motivo de la dis-

cusion de este asunto, que pronto ha de tener lugar en la Cámara de diputados de Turin, en la que á pesar de la oposicion del gobierno, es muy probable que Roubandi y Garibaldi tomen asiento. Verdad que este último, ó convertido ó inconsecuente, ha variado de opinion, y se prepara á rechazar la votacion popular que acaba de verificarse, con el mismo ardor que sostuvo la de los Ducados y las Romanías cuando se trataba de su anexion á la Saboya.

¿Pero cuál podrá ser el resultado de esas discusiones despues del tratado y del sufragio universal? Que se verificará la cesion oficial en nombre del gobierno Piemontés, y que Garibaldi se quedará, segun sus palabras, que se contradicen con su anterior conducta, «sin querer dejar de ser ciudadano de Niza, ni reconocer ningun poder en la tierra capaz de arrebatár la nacionalidad de un pueblo independiente, y protestando contra la violencia hecha á Niza con la corrupcion y la fuerza bruta, reservándose para si y sus conciudadanos el derecho de reivindicar su pais natal, cuando los derechos de las naciones no sean una palabra vana.»

Ahora bien, este asunto, como ya saben nuestros lectores, ha dado lugar á que se hable de una conferencia, que ni aun siquiera se ha querido llamar Congreso europeo, para discutir las peticiones de la Suiza, y segun las últimas noticias, lo que hay de positivo acerca de esta reunion es que existen

muchas probabilidades para creer que no se verificará.

En efecto, si con motivo de la anexion de las provincias de la Italia central, Austria, Prusia y Rusia se declararon esplicitamente por la realizacion del Congreso, manifestando á las claras su decision de oponerse en él al proyecto anexionista, y á pesar de ello no se verificó la reunion anunciada y el proyecto se llevó á cabo á vista y paciencia de aquellas naciones, ¿qué será ahora que sus despachos son vagos é indecisos? Estas potencias, especialmente las dos primeras, quedarán satisfechas con reconocer la anexion como un contrato verificado entre el rey del Piamonte y el emperador de los franceses.

En cuanto á la Inglaterra es absolutamente imposible fijar cuál será el papel que trata de representar en esta comedia; sin embargo manifestaremos lo que allí se habla, sin que podamos responder de la conformidad entre las palabras y las intenciones del gabinete de S. James.

Dos individuos de la Cámara de los comunes dirigieron en una de las últimas sesiones al gobierno las siguientes preguntas:

¿Ha informado M. Thouvenel á las potencias de que inmediatamente despues que el sufragio universal sancione el tratado de cesion de la Saboya, Francia tomará posesion de este pais, no dejando al examen de la Conferencia proyectada mas que el solo punto relativo á los distritos neutralizados?

¿Piensa el gobierno inglés consentir en la toma de posesion de esos distritos por la Francia antes de que una conferencia ó un Congreso haya decidido la cuestion?

¿Es cierto que una Conferencia de las grandes potencias debe reunirse con este objeto?

¿Es exacto que Francia quiere escluir realmente de las deliberaciones de la Conferencia toda otra cuestion que la de los distritos neutralizados?

De la contestacion dada por Lord

Rusell se puede sacar en limpio que se ha propuesto una Conferencia de las potencias que firmaron los tratados de Viena; pero el gobierno francés ha manifestado que el objeto esclusivo de esta reunion deberia reducirse á buscar los medios de conciliar el art. 92 de los tratados de Viena, con el artículo 2.º del de 24 de Marzo entre Francia y el Piamonte. Cualquiera otra proposicion que se relacione con el desmembramiento de la Saboya será rechazada por Francia. En cuanto á la admision de la Suiza y la Cerdeña en la Conferencia, todavia no hay nada resuelto, y por último que nada sabe el gobierno inglés sobre la época en que ha de celebrarse la reunion, puesto que el cuidado de decidir estos puntos secundarios se deja á la conveniencia del gobierno francés.

Despues de esto leímos en un periódico que Lord Cowley, de vuelta en Paris, ha anunciado al gobierno del imperio que el gabinete británico se coloca al lado de la Rusia, renunciando á sostener las pretensiones de la Suiza.

Resulta pues que todas las naciones desean complacer á Napoleon III, y por lo tanto que si hay conferencia será únicamente para el examen de el artículo 92 del acta general del tratado de Viena; pero como esta restriccion es indecorosa para las potencias signatarias de aquel tratado, por eso el proyecto de la confederacion helvética tendrá el mismo resultado que el parto de los montes.

Las escasas noticias que se nos comunican de Roma, aseguran que el general Lamoriciere, á quien deberá acompañar pronto otro célebre personaje francés, cuyo nombre no es aun conocido, despues de aceptar un banquete del general Goyon, en el que franceses y romanos se dieron las mas inequívocas pruebas de afecto, ha salido para las Marcas, donde la proximidad del Rey del Piamonte hace temer alguna agitacion.

El estado de Nápoles es ya completamente satisfactorio, segun aseguran hasta los mismos periódicos de Tu-

rin; y si Fernando II sabe prevenirse con tiempo, es muy probable que conjure la tempestad, burlando las esperanzas del rey de Cerdeña y las amorosas miradas de la Inglaterra.

Mientras tanto en España han ocurrido sucesos dignos de la mayor consideracion, y que dan una alta idea de la nobleza é hidalguía castellanas, tan dignas de ponerse hoy en parangon con las miserias que corren el corazon de la Europa. Como digimos en nuestro número anterior, se esperaba en la córte la llegada del Duque de Tetuan para la resolución de los difíciles asuntos pendientes. Esta resolución no se ha hecho esperar mucho tiempo, y en medio de los plácemes y regocijo con que ha sido recibido en Aranjuez el vencedor en las playas Africanas, han aparecido en la *Gaceta* dos importantes decretos, concediendo por el primero una amnistia general, completa, convocando por el segundo para el 25 del corriente las Cortes del Reino, y una real orden disponiendo que los ex-infantes prisioneros en Tortosa sean trasladados en un buque del Estado al puerto del extranjero que señalen.

«Este partido» dice el Marqués de Miraflores en un opúsculo publicado sobre el destino de estos personajes, cuando aun no estaba resuelto, «este partido es el mejor; él alzaría grandemente nuestra consideracion moral y política en Europa; él demostraría que el país y el gobierno de la Reina se sentían bastante fuertes para no temer la reproduccion de tentativas tan insensatas como las últimas. Abrumado el partido carlista bajo el inmenso peso moral de tan alta y sublime generosidad, quedaba reducido á polvo en el juicio de la Europa.»

Paz, amnistia, perdón, hé aqui las palabras que se repiten hoy con aplauso por la España entera, que vé borradas por una mano generosa hasta la huella de antiguos rencores y de añejas enemistades.

FAUSTO GARCIA LOVERA

A MI MADRE

Feliz! la muerte te arrancó del suelo
y otra vez angel te volviste al Cielo.

(ESPRONCEDA.)

Cual crece ufana la encendida rosa
á la sombra del lirio ó la azucena,
mostrando altiva su corola hermosa
llena de amor y de fragancia llena,

Así miraba deslizar mi vida
en verde prado de olorosas flores,
y á el alma amante de esperanza henchida
todo en el mundo le inspiraba amores.

El sol radiante que ilumina el día
al traspasar la nacarada esfera,
y la tranquila luna que vertía
su luz de plata en la férax pradera;

Ese lecho de púrpura y topacio
dó argentadas estrellas se adormitan;
ese anchuroso é indefinido espacio
donde mil globos sin cesar se agitan;

El elevado monte y la espesura;
del plácido arroyuelo la corriente;
el verde campo, la férax llanura;
la blanca espuma de canora fuente;

La flor, el bosque, la enramada umbria;
la palmera que altiva se levanta;
el límpido arrebol que anuncia el día,
y el colorin que enamorado canta,

Todo, madre del alma, me brindaba
grata ventura en tus amantes brazos:
y mi contento y mi delicia hallaba
al mágico placer de tus abrazos.

Y si adversa la suerte, en mi destino
tan solo hallara por dóquiera abrojos,
de flores esmaltará mi camino
la luz radiante de tus claros ojos.

Mas ¡ay! que tras florida primavera
viene entre llamas caloroso estio,

y marchita la flor de la pradera
que antes bañara matinal rocío.

Y el grato aroma que entre ricas galas
de la flor en el cáliz se adormía,
remonta el aura en vaporosas alas
el cielo á embellecer de Andalucía.

Así del hado la terrible suerte
me robó de la vida la esperanza,
que la amargura que lloré en tu muerte
tan seño un hijo á comprender alcanza.

Entre angustia y pesar se abrasa el alma:
no hay en el mundo para mi consuelo:
perdi del pecho la tranquila calma,
y agita el corazón amargo duelo.

Se alejó para siempre la alegría
y de mi vida el peregrino encanto,
que al perder de tu aliento la ambrosia
todo fué luto, confusión y llanto.

Deja ¡madre del alma! que afligido,
de penas lleno á mi dolor sucumba:
deja que vierta el pecho dolorido
lágrimas mil, para regar tu tumba.

Queijas viven siempre en mi memoria
las horas de pesar y de amargura,
en que la muerte me robó la gloria
de gozar de tu amor y tu ternura.

Mas ¡ay! por qué constante mi dolor deploro?
¿por qué no calma mi angustiado anhelo?
¿por qué no enjuga mi mejilla el lloro,
y encuentro á mi dolor grato consuelo?

¡Ay! que te busca en valde la mirada
cuando triste te llama el pecho mío,
y no escuchas mi voz que en la enramada
pierde en su arrullo murmurante río.

En valde busco tu mirada amante
en la verde pradera y la espesura,
ni en el límpido sol que rutilante
en un cielo de nácares fulgura:

Ni en la sierpe de plata que adormida
riega del campo las lozanas flores,

que solo encuentro en mi azarosa vida
recuerdos que acrecientan mis dolores:

Que si al encanto de tu amor vivía:
si mi edad juvenil pasé risueño,
se disipó la luz de mi alegría
cual mentida ilusión de dulce sueño:

Y de esa tumba donde en paz reposa
con tus cenizas mi eternal ventura,
y de esa limpia alabastrina losa
que cubre tu tranquila sepultura,

Miro brotar fragantes azucenas
que airozas mecen su belleza altivas
y emblema del dolor, de galas llenas,
brotan también pintadas siempre vivas.

Y hasta el cielo levantan seductoras
con tu alma pura misteriosa esencia,
mientras las olas rugen bramadoras
del proceloso mar de mi existencia.

Adios, madre del alma, ¡madre amada!
hermosa flor del aterido suelo,
¡madre del corazón! ¡madre adorada!
que alegre habitas la mansión del cielo:

Que eres la luz que al corazón inspira,
y que vive constante en mi memoria,
que armonizas los ecos de mi lira
desde ese Eden de inmarcesible gloria.

Y cuando el sol en su constante giro
alumbra de mi vida en la agonía,
recibe ufana el postrimer suspiro,
que el corazón de un hijo te lo envía.

T. MARTEL.

La caja de las Reliquias.

I.

Con los codos apoyados sobre el bufete,
y en la diestra la megilla, se encuentra Sil-
verio Páramo, joven de treinta años, ima-
ginación ligera, talento superficial, adoce-

nada figura, y cuya principal ó única desgracia consiste en haberse llegado á persuadir de que es sumamente desgraciado.

Dotado de una sensibilidad exquisita, gérmen fecundo de sus profundas tristezas, quiere ahogarla esta noche, como otras muchas, en el espumoso liquido de la humeante ponchera, que se ostenta erguida en un ángulo del bufete.

Suenan las dos de la madrugada en el momento en que por la vez centésima concluye la lectura de una lacónica carta, que le han entregado hace algunas horas.

Dice así:

«Querido Silverio: «Mis padres acceden llenos de júbilo: yo como siempre decidida y esperando anhelante la realizacion de tus deseos, que son los míos.

Creo que dentro de un mes podré llamarte mi esposo. Mañana al amanecer te espero en el sitio de costumbre. Tuya,

Cármén.»

II.

—Bien, exclamó Silverio, rompiendo el silencio; bien: la cosa marcha: dentro de treinta días el sacerdote habrá ligado y para siempre el destino de Cármén con el mio. Preparémonos para tan santo estado.

A la confesion general que verifica el que se casa, lo mismo que el que se muere, precede forzosamente un detenido exámen de conciencia. ¡Coincidencia estraña! Un mismo paso para dejar la vida y para llegar al cúmulo de la vitalidad: un mismo acto primordial para abandonar en manos de la sociedad todo cuanto poseemos y para entrar de lleno en el ejercicio de todos los derechos que la sociedad nos concede. Y es que el matrimonio quizás será tambien una muerte. La muerte de la esperanza, del amor y de las ilusiones.

Pero basta: examinemos nuestra conciencia.

Saquemos para ello á nuestra vista las reliquias que encierra esta caja, á fin de que evoquen nuestros recuerdos.

No es posible proceder con método, ni buscar un órden de fechas, porque todo está revuelto y confundido en su fondo, como las penas y los placeres en el corazon, como el remordimiento y la satisfaccion en el alma, como el recuerdo y la esperanza en la mente.

Saquémoslas una á una, y á ciegas, como las papeletas de una rifa, como los nú-

meros de un sorteo, como las lecciones de un exámen.

Mas ¡ay! que aquí todas las papeletas están premiadas; en todos los números dice soldado; y no hay una sola leccion de que no nos acordemos, porque son las lecciones de la esperiencia; porque todas y cada cual de ellas nos han enseñado alguna cosa, porque las hemos estudiado con el corazon, con una inteligencia profunda, ó con una intencion dañada.

III.

Dá principio la estraccion.

Un paquete de cartas atado con un torzal de seda negra. Quizás no haya otro tan considerable. Es una historia de lágrimas dividida en ciento cincuenta capítulos. Adela... dice al final de todos ellos.

Adela es una muger de buena cabeza, pero dominada por el corazon, hasta el estremo de no haber tenido obstáculo en estampar su nombre al pié de sus escritos siendo sus escritos el eco fiel de sus sentimientos, de sus ideas, de sus aspiraciones y de sus esperanzas. Adela quizás me haya amado con sinceridad, pero este amor no tiene mérito alguno: lo mismo hubiera amado á otro cualquiera. Es una de esas mugeres que han nacido para el amor, que tienen una necesidad imprescindible de amar alguna cosa y aman á su familia, á su patria, á sus amigos, al aire que respiran, á los pájaros que cantan en su reja, á las flores que perfuman sus hogares. Es una de esas organizaciones estrañas, que no pueden olvildar enteramente su primer amor, pero que llegan á amar al último con la misma intensidad que al primero. Tu corazon lleno de vida no podia existir, Adela, sin tener otro corazon con quien comunicarse. Por eso no te culpo, si al contemplar batida por el fuego enemigo tu vanguardia simbolizada en mi antecesor, volviste á mi los bellos ojos, cual destronada reina á su ejército de reserva.

Saquemos otro lote.

Un pañuelo roto, ensangrentado y sin marca, un rizo en miniatura de cabellos rubios, cuatro sobres de cartas, algunas flores secas, un abanico hecho astillas...

Trágica apariencia presentan en verdad tales objetos; pero mi conciencia está tranquila. Creo que la dueña de ellos no ha llegado á amarme nunca: verdad es que tampoco me lo ha dicho... con palabras. Y sin embargo, es muger muy capaz de amar

á la misma caricatura del amor; pero amor toscó é incompleto en que nunca se interesa el alma.

El organismo humano es una balanza: generalmente el espíritu pesa poco, y la materia inclina el fiel.

Si hoy buscamos á esa muger sobre la tierra, solo hallaremos una triste sombra; una ténue ráfaga del sol poniente; una nota perdida de melodiosa música; una flor de Mayo contemplada en el Otoño.

Adelante.

Un retrato de cuerpo entero sin cabeza: un abundante rizo de cabellos rubios de cinco cuartas y dos pulgadas de longitud, y varias cartas que comienzan...

«Querido Aben-Sul...» y concluyen «tu Sultana.»

¡Ay Sultana mía! como pasó, para no volver, aquella hermosa primavera en que tan inmenso amor nos mentiamos... y nos mentiamos digo, porque ni tu me amabas, ni yo tampoco: tú en mi buscabas el placer: yo en ti buscaba un triunfo para halagar mi orgullo y humillar á mi rival. Tú conseguiste tu objeto: yo también el mio: nada nos debemos: estamos completamente pagados, y en juego.

A otra:

«Nadie en el mundo puede haberte amado tanto, ni con un amor tan puro, como el de tu

Nicasia.»

Así concluye uno de los treinta y cinco capítulos de esta nueva obra.

La autora tenía un deber sagrado de amar á otro hombre.

La autora amó despues á otros tres.

¿Qué entiende V. por pureza?.....

Punto y aparte.

Otra trenza de cabellos negros, otra multitud de cartas y una petición no interrumpida en todas ellas. «Tu retrato .. tu retrato... envíame tu retrato.» Yo he hecho bien en no enviártelo. Si me has querido, mi imágen habrá estado gravada en tu corazón y en tu memoria: si lo contrario, mi retrato hubiera sido tan solo una estampa insignificante, un cuadro más, que pasaría desapercibido entre la colección que adornaría tu gabinete. Si yo no te he amado, hé estado en mi derecho no complaciéndote, porque de hacerlo no podía resultarme satisfacción alguna: si es que te he querido, con mas razón aun, porque la abundancia había, y de verlo á toda hora hubiera

llegado á parecerse feo; mas feo que el original.

Me alegro de no tener el tuyo. Hoy me vería en el caso de darle un mal destino. Saquemos otra papeleta.

Un guante viudo. Es lo único que me resta de mi primer amor: de la muger que por medio de una infamia me dió la primer lección de mundo. Lección cruel, por cierto, pero que produjo una provechosa enseñanza.

Al cesto. Al cesto, digo, porque mis dedos son el gancho del traperero, que rebusca entre los escombros de cien historias amorosas algun objeto bello y digno, que pueda librarse del aciago fin, que á estos miserables restos les espera.

Lo hallaré?

Allá veremos. Cartas y mas cartas, que todas vienen á decir lo mismo, con mas ó menos elegancia redactadas, con intención ó sencillez escritas, por la mentira ó la verdad inspiradas, pero cuyo resultado es el mismo: cintas ajadas y descoloridas por el tiempo, flores marchitas, secas y sin perfume, lazos, targetas, prosa en forma de verso, declamaciones románticas, mentiras con apariencia de verdad, un dulce apollado, una manzana podrida, algunas flores de trapo, dos sortijas, varios rizos negros, rubios y castaños.... hé aquí, en resumen, el contenido del arca.

Y qué significa todo esto para un extraño?

Un montón de escombros, un conjunto de inmundicias, escoria, polvo, nada.

Y para mí?

Un espejo roto, en que se reflejan informes los hechos mas culminantes de mi vida pasada.

Un eco perdido y monótono que trae á mi oído los acordes de una melodía dulcísima en otro tiempo.

Un perfume disipado que hace brotar en mi memoria el recuerdo de algunas flores hermosas.

Pero flores con espinas, que hieren siempre en el corazón; perfumes que embriagan un momento, pero que no satisfacen nuestro anhelo; eco que fatiga nuestra mente sin deleitar el alma: espejo que refleja las imágenes con todas sus imperfecciones y oculta sus bellezas.

Espejo, eco ó perfume. pronto dejarás de existir. El ponche fermenta ya en mi cabeza, y antes que la ponchera quede vacía, vosotros os habréis reducido á cenizas.

carcomidos restos de mis pasados amores; olvidadas pruebas de pasiones mentidas; signos sarcásticos, que en realidad solo representais la caricatura de la cosa significada; estenso geroglífico, que en tus simbólicas figuras guardas el recuerdo vivo de muchas ilusiones desvanecidas, de mas esperanzas no realizadas, de tiernas aspiraciones nacidas en el puro seno de la virtud y muertas en el inmundo lodazal del vicio; extravagante museo, cuyos grotescos cuadros nada dicen á mi espíritu; pronto, repito, humo y pavesas quedarán tan solo de vosotros.

Mañana... pasado un mes... Pero reflexionemos.

¿Estoy yo enamorado de la que ha de ser mi esposa? No.

Y entonces ¿por qué ligo mi destino á su destino? Porque el hombre ha nacido para vivir ligado, y lo que no es hoy será mañana. Porque todos y cada cual, que sufrir tenemos una cruz hartó pesada. Porque si hoy con esta no cargo mis hombros, tendré mañana que abrasarme á otra cuyo peso me fatigue.

Porque ahora sé que esta muger es buena y luego tal vez tropezaré con otra detestable...

Porque... porque... como dice el árabe: *así está escrito*.

IV.

Silverio apuró la séptima copa de ponche, encendió un habano y comenzó á arrear á la luz de la bujía todas aquellas prendas de amor que en otro tiempo habían arrancado á su corazón un latido de entusiasmo, ó á sus labios una sonrisa de desprecio.

Un momento despues los cálidos vapores del ponche y el escitante aroma del habano se mezclaban y confundian en la atmósfera con el humo denso y sofocante del papel hecho pavesas, del trapo requemado y de jóvenes cabellos reducidos á cenizas.

Envuelto en aquel ambiente abrumador, ebria de recuerdos su mente, escitada su sensibilidad con el ponche y desvanecida su cabeza con el aroma del tabaco, Silverio abandonó el mundo de la realidad y se lanzó delirante á los espacios de la fantasía.

Y soño. Y vió pasar ante su vista, vagarosas y confusas entre parduscos vapores de niebla, extravagantes fantasmas con luegas faldas y ademan extraño.

Y en los conocidos semblantes de todas

éllas brotaba una burlona risa, al saludarlo con sarcástica mueca, entre enhorabuena y plácemes.

Y desaparecian al compás de estrepitosas carcajadas.

Y volvian á aparecerse luego con los mismos, semblantes pero bajo distinta forma; rebozadas unas en negros mantos, envueltas otras en transparentes gasas, desvergonzada, prostituida y lasciva aquella, tímida ó hipócrita la inmediata, viciosa y descreída esta, crédula y estúpida la otra; pero todas sarcásticas é insultantes, con su risa ó con su llanto, con sus maneras toscas ó elegantes, con sus variados trages, de dama altiva, de alegre costurera, de cándida beata, de traviesa bruja...

Y Silverio, desvanecido en su vertiginoso ensueño, creia pasar alternativamente acompañado de aquellos rostros conocidos, del palacio á la boardilla, del salon á la cocina.

Y percibia mezclados y confundidos los delicados aromas del Oriente con el aere y punzante olor del ajo y la cebolla, las pálidas flores de la estuta con las rozagantes flores de los bosques, las melodias de Bellini y Verdi con los nacionales aires del fandango y de la jota.

Y cesaron los fantasmas; y Silverio mas repuesto volvió su vista del pasado al porvenir.

Y no hubo de parecerle halagüeno el nuevo panorama.

Porque Silverio se despedia del mundo de soltero para entrar en el purgatorio de casado. Porque es un purgatorio, y el que á *hierro mata*, etc.

—Concluyamos: exclamó: y de un profundo secreto del bufete estrajo una delicada miniatura que representaba una muger bastante hermosa vestida de luto.

—Pobre Lola!! Al fin he hallado alguna cosa digna de respeto. Y volvió á guardarlo con profunda tristeza, cayendo luego en una meditacion sombría. Pasaron unos instantes; tendió otra vez su mano al mismo paraje y sacó cuidadosamente envuelto en papel de seda un pequeño ramo de albahaca seco y deshojado.

Era para Silverio este ramo en su significacion el contraste mas rudo y enérgico del retrato que pocos momentos antes contemplára.

El bello original de este pálido bosquejo habia rendido en las aras de un amor desinteresado su tranquilidad y su porve-

nir. Silverio en cambio, ingrato con ella, aunque sin olvidar cuanto la debia, se arrastraba como un ilota á los pies de la inflexible dueña del ramo de albahaca.

V.

Han corrido ya dos meses. Silverio es marido: vive tranquilo, ó lo aparenta al menos: quiere á su esposa que le corresponde con usura; pero no es feliz.

De vez en cuando se encierra en su despacho, saca del parage donde lo oculta el ramo de albahaca, lo contempla largo rato y vuelve á guardarlo, besándolo antes con el mismo respeto que el que besa una reliquia.

Acontece con frecuencia que su cariñosa muger llega á sacarlo de sus meditaciones llamando á la puerta de su despacho para arrojarse llena de ternura en sus brazos: y él entonces conmovido, la estrecha contra su corazon y la besa en la boca con los ojos cerrados y el pensamiento fijo en la dueña del ramo de albahaca.

¡Cuántos habrá en el mundo que pasando por maridos tiernos y cariñosos, solo cumplan un deber al prodigar una caricia á sus esposas!

¡Cuántos á quienes le repugne este deber sagrado! ¡Cuántos ¡ay! á quienes llegue á hastiarle por completo y busquen en lo ilícito placeres que lo lícito les niega!

¡Oh! si con la misma facilidad que destruye las prendas de amores pasados, pudiese el hombre curar las llagas que esos amores han producido en su corazon, entonces lograria pasar la vida, si no feliz, tranquilo al menos.

Pero la Providencia lo ha dispuesto de otra manera. ¿Quién á sondear se atreve sus arcanos?

T. DE ROJAS.

Madrid. Abril 1858.

ANACREONTICA.

¿Por qué corriendo, Laura,
No bien sale la aurora
Dejas tu blando lecho
De flores y de aromas,
Y con alegres muestras
Acudes presurosa
A la vecina fuente,
Donde en sus claras ondas

Mirando tu semblante
Fresco como la rosa,
Peinas tu cabellera
En dos trenzas airosas,
Que en rizos recojidas
Tu clara sien adornan?
¿Por qué luego mil vueltas,
Cual leve mariposa,
En torno de sus aguas
Con gracia seductora
Por ver tu airoso talle
Das, y á tu fresca boca,
Sonrisa tan festiva
Y un tanto maliciosa?
Mas no me digas nada,
Que ya comprendo ahora
Al ver venir á Delio
Sin dar al suelo sombra,
Que el ciego D'os vendado
Tras de la fuente mora.

LUIS CÁRLOS TIRADO.

AL SANTO REY

D. FERNANDO 3.º DE CASTILLA.

SONETO.

Si detiene la planta el peregrino
Para grabar su nombre en una peña,
Es porque el alma vividora enseña
Al hombre ciego su inmortal destino.

Esa esperanza con ardor divino
En grandes hechos la virtud empeña;
Esa esperanza mística, alhagüeña,
Abre hasta Dios espléndido camino.

Por ella los valientes héroes fueron:
Los sabios se alumbraron con su lumbre:
Los santos la adoraron y creyeron.

Y tú por ella, oh Rey, en la alta cumbre
Tus glorias ves, que fúlgidas vencieron
De los siglos la inmensa pesadumbre.

NARCISO CAMPILLO.

Sevilla.

IMPRESIONES DE UN SOLDADO

Estraeladas y vertidas libremente del francés por el
edecán comandante graduado

PEDRO DE PRADO Y TORRES.

(Continuación.)

III.

En el interin nos acometia el cólera, azote tremendo! En el *Dobrutcha* fué donde asestó sus mas rudos golpes, si bien en Varna no dejó de hacer bastantes estragos: se me facultó para escoger el sitio que me pareciese mas saludable para vivaquear. Fui, y me establecí á orillas del mar, en un vasto campo, donde transcurrieron para mí dias que magüer su tristeza han dejado en mi memoria un vivo recuerdo: por un singular capricho del destino ni uno solo de los individuos de la escolta que yo mandaba fué atacado del cólera, y eso que á despecho de la esquisita vigilancia que yo ejercía, mis Safys devoraban no solo melones, sino toda clase de frutas á medio madurar, y á pesar de tantas imprudencias ninguno entró en el cementerio contiguo á nuestras tiendas donde pudimos ver diariamente el espantoso número de víctimas que se enterraban.— En Turquiano envuelven á los muertos en ese sudario de que nosotros rodeamos los cuerpos de aquellas personas que mas hemos amado. Se engalanan con sus mejores galas, y se conducen públicamente con la cara descubierta; hago memoria de una doncella muy jovencita que llevaban de esa manera; ornaba su frente una corona de rosas blancas, que realizaba por la vez postrera su casta hermosura; una muger iba detrás llorando, su madre probablemente; casi hubiera yo tambien derramado una lágrima como aquella pobre muger desolada cuyo tesoro se iba á tragar la tierra.—¿Porqué nos asalta á veces esa punzante melancolia al presenciar los detalles de alguna desgracia aislada, y por otra parte esa profunda indiferencia con que miramos los espectáculos formidables de públicas calamidades? ¿Cómo esplicar esas lágrimas arrasando nuestros párpados ante una madre llorando la muerte de su hija, y esa sequedad implacable de nuestros ojos con

que contemplamos un campo de batalla sembrado de cadáveres? No puedo esplicar este fenómeno psicológico, pero ello es así; y yo mismo he experimentado la influencia de esa misteriosa ley del destino. Comia por lo regular delante de mi tienda, y veia pasar continuamente un cortejo fúnebre sin la menor aprension.

Cierta tarde en una de esas comidas, tuve como una vision celeste, creiala un juego de mi fantasia no era con todo puramente ilusion, era realidad lo que atraia mis miradas. Apercibi sobre el camino del cementerio dos hermanas de caridad, con los brazos cruzados, la cabeza baja, andando con ese paso seguro, firme, y derecho, con que parecen atravesar el sendero de la vida esas almas immaculadas. La primera herida que recibí me la curaron las hermanas de caridad; no es, no, un vago sentimiento de poesia, sino los sólidos lazos de la gratitud los que me inspiran simpatías hácia esas hermanas piadosas; así es que senti mucho júbilo cuando supe que habian llegado á Varna las hermanas de caridad aludidas mas arriba.

No libres aun del cólera tuvimos que deplorar un incendio terrible, que amenazó hacer volar todos nuestros respuestos de pólvora y municiones; pasado este otro peligro que affigió en extremo al mariscal Saint-Arnaud, supimos que se había resuelto una expedicion contra Sebastopol. Llegó por fin el momento en que las primeras tropas recibieron la órden de embarque: tuve pues que abandonar mi vivac del Mar negro y ocupé con mis Safys una fragata turca que pusieron toda á mi disposicion.—Hácia los ocho dias que vogábamos en el mar negro, á la caida de una tarde calorosa, un movimiento extraordinario se manifestó en la flota; nos hallábamos á la vista de Crimea, y á la altura de Eupatoria, cuya ciudad se ofreció á mis miradas como por ensalmo anegada en los rayos del sol poniente, desviada de mi nave por inmensos espacios luminosos, ataviados para mi imaginacion de todos los atractivos de lo ignóto é inesplicable, haciéndome el efecto de una agradable y magestuosa villa; sin embargo, en realidad era una plaza miserable que los rusos no quisieron tomarse la pena de defender con empeño y que se rindió despues á la primera intimacion, segun supe mas tarde. Despues de habernos llevado chasco respecto á un combate naval que esperábamos, cierta mañana toda la escuadra se encontró frente á

una anchurosa playa, y conocimos que el momento era llegado de desembarcar en Crimea. El general Canrobert fué el primero que pisó esas playas con algunos soldados que atraían tantas miradas y hacían alimentar tantas esperanzas: él fué quien primero enarboló la bandera francesa en ese territorio. Un ayudante de campo se adelantó acto continuo en una chalupa y me comunicó la orden, en nombre del mariscal Saint-Arnaud, para que desembarcase inmediatamente con mis Safys y montase á caballo para batir la campaña, orden que fué en el instante ejecutada. El tiempo era hermoso; el mariscal Canrobert me indicó en qué dirección debía marchar á mi exploración: era el 14 de Setiembre, día que se ha grabado en mi recuerdo, y me agitaba gozoso en una atmósfera clara, limpia, serena, salubre, sin frío ni calor; las llanuras que se desarrollaban delante de nosotros me recordaban los dilatados espacios que hay en Africa entre *Tell* y el desierto, nuestros caballos botaban alegremente, y yo me hallaba en uno de esos raros momentos de la existencia, en que nos figuramos que vamos á abrazar por fin ese fantasma que llamamos felicidad. Hay algo de escitante para un ejército que invade un país enemigo sin que ni se le resista, ni se le entregue: nosotros tuvimos la mortificación de no encontrar ni un solo cosaco.

Llegada la noche alzé mi tienda á orillas del mar y cerca del cuartel general. Cuando se trató de cenar nos hallamos sin pan y sin carne, de modo que echamos mano de la galleta, y del champaña, que habíamos llevado á prevención para celebrar nuestro triunfo y sirvió para celebrar el desembarque feliz.

Al siguiente día otro ayudante de campo del general Saint-Arnaud me transmitió la orden de marchar hasta el primer punto donde hubiese funcionario ruso, y un destacamento de infantería que cogería y traería conmigo prisioneros. La orden fué ejecutada; antes del oscurecer, en el mismo día regresé á mi campamento con el agente ruso en una silla de posta que tenía preparada para fugarse á mi llegada, y los soldados del destacamento subidos en unos carros que embargué á la fuerza. Cuando me presenté con mis prisioneros se hallaba momentáneamente ausente el mariscal Saint-Arnaud, y nos aprovechamos de esa circunstancia para colocar á un lado y otro de su tienda los fusiles que acabábamos

de coger. Los dos pequeños pabellones de armas, si bien pobres trofeos, los vió el mariscal Saint-Arnaud sin embargo con agrado. Las armas, como el pequeño peloton, escitaron en el campamento una curiosidad que comprenderán perfectamente aquellos que hayan asistido á los preliminares de una guerra. Cada cual está impaciente por enterarse de cómo es, qué facha tiene, y cómo viste y está armado el adversario contra quien tiene que pelear. Los primeros prisioneros tienen para el soldado cierto misterioso atractivo.

PEDRO DE PRADO Y TORRES.

(Se continuará)

DOLORA.

Un clavo saca otro clavo,
y un amor borra otro amor.

¡Ay Catalina! perdona
esta amorosa inconstancia;
la ausencia todo lo abona
¡es cosa tan monótona
amarse á tanta distancia!

Es cierto que á mi partida
eterno amor te juré,
olvidando aquello de
«todo en el mundo se olvida.»

¿Quién entonces nos diría
que la ausencia, vida mía,
marchita las ilusiones?

¡cuanto cambian en un día
los humanos corazones!

Y pues te olvido, mi bien,
olvidame tu también,
porque dice Campoamor
«que la inconstancia es el cielo
que el Señor
abre al fin para consuelo
á los mártires de amor.»

Por lo mismo
no será grande el esceso,
mi embeleso,
de tu sentimentalismo;
porque al cabo
(calme un refrán tu dolor);
un clavo saca otro clavo
y un amor borra otro amor.

JORGE.

¡EL OCCEANO!

Meditacion sobre sus fenómenos y maravillas
exterior é interiormente

POR PEDRO DE PRADO Y TORRES.

ESTUDIO DEDICADO AL EXCMO. SR. GENERAL D. LEOPOLDO DE GREGORIO, COMO INEQUÍVOCA MUESTRA DE ADMIRACION, RESPETO Y CARIÑO, —SU EDECAN,
El Autor.

(Conclusion.)

III.

Si; la mar posee sus costas, sus valles, sus mesetas y sus llanos; aquí áridos y desnudos, allí revestida de una lujosa vegetacion; el mar encierra en su seno desigualdades de terrenos como no existe ejemplar ninguno en nuestros continentes. En el atlántico, al Sur de Santa Elena, el comandante de la fragata *Venus*, no halló el fondo del mar hasta la distancia de 44,556 pies, lo que equivale á la altura del Monte Blanco.

En su expedicion al polo Norte, el capitán Ross hizo bajar su sonda hasta 27,000 pies, lo cual representa un espacio de cinco millas, sin poder hallar el fondo del agua. De modo que el Sinai, colocado allí en la cúspide del Dawalaghiri, no hubiese elevado su cima por encima de las olas. De entre esas mismas fabulosas profundidades se alzan montañas, rocas, escollos y verduecas islas.

Ya no podemos admitir la antigua imagen de la *tierra firme* en oposicion con la naturaleza móvil del mar. Descubrimientos recientes nos demuestran que es la tierra la que cambia, y el imperio de las aguas el estable. El Occéano conserva siempre el mismo nivel; empero como quiera que se verifican sobre los continentes elevaciones y depresiones territoriales, podría comprobarse un hecho semejante en el fondo de los mares.

En el mar del Sur ese doble fenómeno se cumple alternativamente á épocas determinadas. Entre los países en decadencia de nuestro globo, debemos citar en primer término á la Nueva Holanda. Léjos de ser como se supone por algunos un país nuevo y lozano: ese país con su estraña flora, tan diferente de la del resto del mundo, y con sus curio-

sos animales, no pasa de ser una vieja isla, caducada, que devora el Occéano hundiéndola poco á poco.

¡Qué maravilloso arcano no se encierra y oculta en las interiores regiones del Occéano! Allí yacen sepultados abismos erizados de rocas, de fragmentos, de naves, de cadáveres humanos; allí se encuentra enterrado el bronce de las batallas, la arquilla repleta de oro del Perú, contiguo á un monton de esqueletos de cada ribera, de cada clima. Allí en horrible maridaje se amontonan cráneos de bizarros navegantes, chocándose contra colosales corazas de tortugas. Allí reposa el harpon del pescador al lado de las barbas de la ballena. Millares de peces se envuelven entre grandes piezas de sedas, terciopelos y otras telas caidas de buques naufragados; y por encima de ellos pasan miriadas de infusorios microscópicos, interin que los enormes cetáceos y los voraces tiburones cazan por delante de sí legiones de arenques espantados.

Aquí la mar espumea y se agita en derredor de los escollos, de formas estrambóticas y de monstruosos arrecifes; allá se desarrolla y se aplanan sobre una capa de blanca arena. Por la mañana las olas de la marea precipitanse violentamente contra los picos de los Alpes submarinos, ó pasan gimiendo á través de bosques seculares. Por la noche se adormecen entre rasgos fulgurantes á la superficie del espantable abismo.

En el Occéano yacen millones de millones de cadáveres atestados por capas espesas, porque bajo el trasparente velo de las olas no hay mas que una incesante lucha, cacería salvaje, sanguinarios combates y ódios implacables, si, porque los habitantes del fondo del Occéano solo puede vivir por la ley de la destruccion. Allí se encuentra otra raza de lobos, tigres y leones, que alcanzan proporciones colosales y devoran generaciones enteras de pequeños animalitos. Pólypos, y Medusas, en innumerable cantidad, despliegan sus filamentos, en los cuales caen como en una red mil presas, mientras que la ballena engulle de una vez una nube de *animáculos*. El pez espada y el leon marino persiguen al rinoceronte, y el elefante del Occéano Pacífico, mientras tanto que el parásito enviste la grasienda tonina. En esas profundidades acuáticas todos los seres cazan perpétuamente, matan ó mueren. Empero la lucha termina en silencio; ningun grito de guerra se deja oír;

ninguna exclamacion de agonía turba el silencio sempiterno; ni el menor acento de triunfo se alza por encima de las aguas. Empeñanse y concluyen las luchas en medio del mas profundo misterio. A veces, quizás, se podrá adivinar la realizacion de una de esas mortales batallas, por las huellas de sangre que enturbian por breves instantes las olas: á veces, tambien, algun enorme cetáceo, moribundo, se aparecerá á flor de agua debatiéndose en sus últimas convulsiones.

El agua del arroyuelo cristalino no es mas límpida que la del Occéano. Varian sus matices á cada destello de luz, á cada nube que pasa; y á veces dichas olas reflejan el fondo mismo de su lecho. Empero sus tintas mas pronunciadas provienen de las plantas y de los *infusorios* que nadan en su seno. En el mar Artico, en línea recta, pasa como una anchurosa faja de color de olivo oscuro á través de un puro verdgay. Sobre la costa de Arabia extiéndese una línea verduzca, tan distinta, que se ha visto en muchas ocasiones á la nave fluctuando á la vez entre el agua verde y azul. La mar amarilla de la California saca su tinte particular de sus *infusorios*. El color del mar Rojo pasa del matizado delicado del clavel, al resplandor de la púrpura, segun que esa legion de *animálculos* se mueven por bandadas mas ó menos compactas. Otras masas de animalitos tiñen las aguas de las Maldivas de negro, y las del golfo de Guinea de blanco.

IV.

Cuando el capitan Ross exploraba el mar Artico, al echar la sonda á 6,000 pies de profundidad, extrajo *animálculos* vivos. A una profundidad que sobrepuja la elevacion de nuestras mas altas montañas, el agua está animada por infinito número de criaturas fosforescentes, quienes al remontarse á la superficie de la mar, relucen en cada ola y proyectan á lo léjos una huella luminosa. Sabido es que dichos *animálculos*, efecto de su multicéplidad y de su rápida descomposicion, convierten las aguas que pueblan en un fluido nutritivo para los gigantescos habitantes del Occéano. Pero tienen sus distintas estaciones y sus diversos medios de locomocion. Viajan léjos y con velocidad. Corrientes ignoradas de los hombres los llevan en grandes masas desde el polo al ecuador. y algunas veces de un polo al otro. La ballena tambien se vé precisa-

da á viajar para hallarlas. Ella corre desde el mar Artico hasta las Antillas para perseguir á las medusas de que se nutre. ¡Qué cosa tan extraña esa marcha ardiente del gigante de los mares en seguimiento de una especie de glóbulo glutinoso, incoloro y perceptible apenas!

Por otras razones, otras corridas se efectuan en el imperio de los mares. El agua es el verdadero elemento del movimiento, y se hacen ahí emigraciones perpétuas de una zona á la otra. No existe especie alguno de animal que viaje tanto como el pez, ni con tanta regularidad. Ya parcialmente, ya por bandadas, los peces vagan sin cesar. Unos con rumbo al Sur; la fina y delicada sardina del Mediterráneo se dirige en primavera hácia el Oeste y luego regresa al Este. Masas triangulares de salmones por otro lado, remontan los golfos septentrionales en legiones tan compactas, que á veces detienen la misma corriente del agua. Antes de su llegada millones de arenques han abandonado aquellos mismos golfos, pero no se sabe de donde salen. Por la primavera aparecen como islas flotantes anchos de dos á tres millas, y de mas de veinte de largo. Forman masas tan cerradas que muchas veces ni la sonda ni el harpon pueden penetrarlos. La cantidad que de ellos devoran las ballenas, los tiburones y las aves de rapiña, nadie es capaz de saberlo; las que perecen en las costas es incalculable, y se salan mas de mil millones para el consumo del invierno.

Como saben todos, el mar alberga los animales mas prodigiosos, ballenas cinco veces mayores que elefantes, (que son los gigantes entre los animales terrestres); tortugas que pesan mil libras. En derredor de las maravillosas islas del Occéano Artico, se cogen cada año millares de focas y lobos marinos. En otras partes del seno de las espumosas olas se alzan aves monstruosas cuyos antros jamás han visto los hombres, y cuyos poyuelos se crian en playas desconocidas. Montañas é islas enteras se forman de generacion en generacion por los excrementos de una casta de pájaros pequeños.

V.

No solo encierra el Occéano dentro de sus olas, montañas, llanuras, verdes praderas, desiertos arenales y fuentes de agua potable, que de sus manantiales secretos se arrojan dentro de las aguas saladas; posee

además sus ricas florestas con sus parásitos, sus anchurosos prados, sus floridos vergeles, sus paisajes mas vastos y mas imponentes que los de la tierra firme. Es cierto que solo se han descubierto en el mar dos especies de *algas* ó de *fucus*, pero el número es tan crecido, tan variadas las formas, y los colores tan brillantes, que componen un vergel de hadas, y bien así como los ramajes de nuestros árboles se inclinan al soplo de la brisa, se humillan y gimen á impulsos del viento de la tempestad, así tambien las plantas acuáticas ceden al esfuerzo de la ola que extremece sus raices y desgaja sus hojas. Otras veces ellas perecen en esa lucha, y se las vé fluctuar como alfombras espesas hacia las playas lejanas, donde forman una especie de londoc casi impenetrable.

Las diversas especies de *fucus* elevanse en las diferentes regiones del Occéano y tienen sus límites marcados. Algunos se encaraman con tal fuerza en su base que cuando las olas impetuosas las desprenden arrancan al propio tiempo trozos de las peñas á que están adheridas como las áncoras los fragmentos de las rocas á que se hallan aferradas. La mayor parte de esos *fucus* ó *algas* se desarrollan en la proximidad de las costas y hállanse rara vez á mas de cuarenta brazas de profundidad; pero, eso sí, se crían en todos los mares, y cosa singular, los mas crecidos son los del mar Báltico, pues allí los hay hasta de 1,500 pies de largo. A veces cubren una vastísima extension y seméjanse á una dilatadísima y verde pradera navegando sobre el sombrío azulado de las aguas. Esas aparentes praderas fueron las que produjeron tanto asombro á los primitivos navegantes. La mas considerable es la que se conoce por el lago de *Sargos*, entre las Azores y las Antillas, y que ha atravesado mas de una vez el que tiene el honor de suscribir este modesto trabajo. La impresion que experimenté fué por cierto singularísima; figurábaseme como que veía un jardin flotante, pero un jardin de mas de 200 millas de longitud, estendiéndose á 25° de latitud, y entonces recordé haber leído que Colon empleó tres semanas en atravesar esas fabulosas praderas; que la fragata mercante *Luisa* en que yo navegaba (año 1838) franqueó en menos de una. Tuve el gusto de enganchar con un arpon sujeto á una soga, algunas de estas *algas* ó *fucus*, (según el

nombre técnico que le dan los naturalistas) y que robaba al elemento, quedando pasmado al examinar la rareza y lujo de sus formas. En realidad vienen á ser masas gelatinosas, cubiertas como de una capa lustrosa, dividida en racimos irregulares, terminando en hojas afiladas. Las hay que hasta se pueden comer.

Por lo demás, la familia de los *fucus* se divide en una variedad infinita, y de esta y otra diversidad de plantas de asombrosísima vegetacion, se componen los frondosísimos bosques submarinos,

Especies de caracolillos trepan por los prolongados tallos de dichas plantas acuáticas, mientras que los terneros marinos se adhieren á largos troncos. Allí está la sirena de los antiguos, la ballena de ojo aplomado, el leopardo marino con su espesa melena, y la tortuga tardía. ¡Mirad á esas criaturas extrañas como azoradas en el fondo de sus antros tenebrosos, que bullen de súbito, y cual se alzan á guisa de movedizos islotes! Es una ballena hambrienta que avanza lenta y traidoramente; sus miradas espian una presa; el perro marino que atisba el primero á ese terrible enemigo, apresúrase en buscar un refugio en el bosque. En un instante múdase como por ensalmo el aspecto de la escena marítima. La ostra cierra ruidosamente sus conchas y déjase sumerjir; oculta su cabeza y sus pies la tortuga dentro de su coraza; desaparece espantado el pececillo entre los juncos, y la langosta se escurre á confundirse entre las raices de diversas plantas.

Tambien es en la mar donde se encuentra ese producto raro, medio animal y medio vegetal (aludo al coral). Del árbol calcáreo se alza el pólipo, crece, engendra entre dos seres como él, y luego sepúltase en su celdilla rocallosa, sobre la cual nuevas generaciones construirán nuevas capas.

VI.

Como llevamos dicho en el capítulo ó *meditacion* anterior, es del modo que se desarrollan las ramificaciones del coral. En la vegetacion de sus ramas superiores germina un animal viviente, que presenta al exterior la forma de una flor, y que posee además sus brillantes matices. El pólipo despierta á la vida en la piedra. ¡Pero qué increíbles obras se llevan á cabo por medio de esos activos zoófitos, por esos seres que palpitan y vejetan, que son á la vez planta y animales! Edifican castillos cuya base re-

posa en el fondo del Océano, cuyas espirales suben de tramo en tramo por encima de las olas y cuyas murallas están aseguradas por un cimiento como no existe ninguno sobre nuestro globo.

Por la belleza de su forma, por el resplandor de sus colores, esos edificios gigantes han atraído desde los tiempos más antiguos la atención de los curiosos dando lugar á más de un error. Durante siglos enteros se ha vivido en la creencia de que los tallos del coral eran realmente plantas acuáticas que desde el momento en que los arrancaban de su elemento se petrificaban al contacto del aire. Hasta el siglo pasado aun era admitida esa hipótesis, y aquellos naturalistas que descubrieron la verdad solo han logrado hacerla admitir después de prolongados esfuerzos.

Mientras que el hombre emplea todas las fuerzas y facultades de su entendimiento á luchar contra el poder del Océano, y la mayor parte de las veces inútilmente, el efímero pólipo prosigue pacíficamente con su modesta industria igual lucha contra la violencia de las olas. Es cosa notable que dichos zoófitos no construyen jamás sus moradas, ni en medio de las aguas revueltas, ni las apacibles, y si únicamente donde rompe el mar con furor contra los arrecifes; allí es donde fijan los cimientos de sus edificios, los cuales de año en año, y de siglo en siglo, se ensanchan hasta llegar á contener en su recinto vastas lagunas, cuya serenidad no son suficientes á turbar ni las olas ni los huracanes.

No obstante esos mágicos artífices detienen á la superficie del agua, porque los pólipos son los hijos del mar, y no pueden arrostrar la acción del aire y del sol.

Los arrecifes de coral aparecen como las islas encantadoras bajo el cielo de los trópicos. Ofrece una perspectiva admirable aquella cintura de ramajes coloreados por una tibia luz, ciñendo á la redonda un tranquilo lago, mientras que, no lejos, las olas impetuosas se arrojan contra las rompientes.

Con frecuencia anchos bancos de coral circuyen elevadas montañas, á cuya base se ostenta la espléndida vegetación de los trópicos. En el seno de dichos arrecifes un agua mansa refleja á los rayos del sol, interin que exteriormente las espumosas olas se lanzan contra las fantásticas murallas que no pueden romper. Así es, que los débiles pólipos protegen contra los estra-

gos de las ondas; la tierra habitada por el hombre orgulloso; pues el pólipo no fenece en su lucha contra el Océano.

Ni todas las naciones reunidas del globo lograrían construir una de esas fortalezas de coral, y de esas fortalezas cuéntanse por millares en el Océano pacífico construidas todas en la misma circular, encerrando un lago dentro de sus muros, y desde flor de agua descendiendo hasta el fondo del mar.

VII.

Así se junta en el fondo de las aguas el animal y la planta. El pálido *fucus* enlaza con sus prolongadas fibras el coral purpúreo, y á través de sus afiladas ramas el *mantil* (árgonauta de los antiguos) despliega sus velas. Cada rayo de luz que cae sobre el cristal de los mares penetra en su interior: empero también poseen sus colores luminosos las cavidades del Océano; allí está el pez con sus camas de oro y plata. Mas allá las campanillas fosforescentes; las campanillas blancas y azuladas de la flotante medusa, entre otras flores rojizas y carmesíes, y todas las criaturitas glutinosas errantes en medio de las verdes algas. Cuando declina el día, cuando la noche empieza á tender su manto sobre los mares, otra nueva y misteriosa claridad luce en ese jardín fantástico. Allá y acá surgen espontáneas llamadas que resplandecen un momento y se apagan; centellean estrellas de una y otra parte impregnando de vívidos fulgores las olas sombrías. A favor de una pasajera huella luminosa se sorprenden los juegos de los tiburones debatiéndose entre las inmensas ondas. Esta y otras escenas parecidas no están con todo sepultadas en lúgubre silencio, porque si prestamos atento oído, percibiremos en medio de su perpétuo movimiento, exhalar prolongados suspiros al viejo Océano, los cuales se unen á los murmullos del aire y de la tierra, confundándose juntos en una sola voz, dó se alza cual si fuese un concierto de eternas alabanzas dirigido al *Altísimo*, hácia el que *domina* la tierra y los mares.

El ilustre botánico Schleiden refiere que no lejos del lago Syt-ky, el fondo de las aguas se halla poblado de bosques antiguos cuyos tallos se enmarañan, cuyas ramas se entrelazan. A los pies de dichas espesuras desarróllase un tapiz sembrado de pequeñas plantas acuáticas de rojizos matices

y de musgos parduzcos, desplegando todas millares de filamentos; sobre esas blandas capas extiende la lechuga marina sus elegantes y anchas hojas, que sirven de pasto á las tortugas y caracoles. Aquí y allí, entre los *fucus* que festonean las rocas se ostentan otras plantas acuáticas de purpúreo follaje. ¡Y en ese mismo bosque crecen árboles á 60 pies de altura!... De su raíz, que se asemeja á la de coral, se destaca una mata menuda que gradualmente va espesándose y termina en forma de una monstruosa cabeza, en la cual se columpian á guisa de penacho hojas pequeñas pero en inmensa cantidad, y estas son las palmas del Occéano; crecen en pocos meses, extienden á loléjos sus esplendentes cúpulas, luego mueren, y renacen mas tarde con nueva magnificencia. Bajo esos vergeles de verdura, ¡qué cúmulo de peces, de moluscos, de conchas de todas clases, ora talladas en forma de estrellas, ora puntiaguadas como cuernos, ora fluctuando como cintas! Las unas están armadas como aguda sierra, otras de dientes prominentes, mientras las hay que cuentan por única defensa la ve-giga de donde despiden un fluido parecido á un negro vapor, y estas están dotadas de profundas pupilas animadas de viva expresion.

A veces piensa uno: ¿Porqué Dios habrá creado esas regiones espléndidas? ¿Y á qué fin habrá ocultado las mayores maravillas de la naturaleza bajo ese velo de diáfano lapislázuli; bajo ese espejo que refleja cada rayo de luz, y al propio tiempo deslumbra como por irrision el rostro del que trata con la vista de sondear su profundidad?

Pero no porque dejemos de conocer en toda la verdad de sus formas, y en todos sus detalles los productos del Occéano, deben estos de sorprendernos menos, ni causarnos una impresion menos durable. No nos es dado el contar todas las estrellas del firmamento, solo podemos distinguir un reducido número de ellas, y con todo, el aspecto del cielo trae á nuestro espíritu la idea de nuestro *Creador*. Una impresion semejante debe producir en nosotros el aspecto de los mares. La Biblia dice: «El Señor está sobre las aguas; su voz está sobre los mares.»

Desde los tiempos mas remotos el Occéano ha sido para las naciones todas, el *tipo de la grandeza, del poder y del infinito*.—Búrgos y Enero 1860.

PEDRO DE PRADO Y TORRES.

LA CONQUISTA DE CORDOBA,

POR EL REY D. FERNANDO 3.º

EL SANTO.



(CONCLUSION.)

VII.

Don Alvar Perez de Castro
Con noticia del suceso
Un socorro mandó al punto
Con algunos caballeros.

Mas era toda la gente
Poca para el árduo hecho,
La que lo emprendiera junta
Con la que fué de refuerzo.

Pero marchó al rey Fernando
Con la nueva un mensagero
Que lo encontró en Benavente
Cuando se hallaba comiendo.

Apenas supo el monarca
El no esperado suceso,
Y la empresa que intentarían
Los valerosos fronteros,

Cuando se puso en camino
Con corto acompañamiento,
Pues que no constaba mas
Que de treinta caballeros;

Y orden por do transitara
Dejando en todos los pueblos
De que á Córdoba marchasen
Las gentes de los concejos.

Llegó al puente de Alcolea
Y estendió su campamento
De las faldas de la sierra
Por un no pequeño trecho.

En la ciudad su llegada
Causara efectos diversos,
Pues esfuerzo dió al cristiano
Y al musulman desaliento.

Y de Castilla el monarca
Contando ya con aprestos
Y con gente, á la ciudad
Puso el mas estrecho cerco.

VIII.

El rey Aben-Hud en tanto
Gente en Ecija juntaba
Para socorrer á Ubeda
Y pasar de allí á Granada;

Cuando le llegó noticia
Del apuró en que se hallaba
De Córdoba la ciudad
Con riesgo de ser tomada.

Y resuelto á socorrerla,

Al punto se puso en marcha
A toda otra prefiriendo
De Córdoba la jornada.

Pero en medio del camino
Que el rey don Fernando estaba
Sobre Córdoba supiera,
Con numerosas mesnadas.

Socorro le pedia entonces
De Aragon contra las armas
Ben-Zeyan, rey de Valencia,
Con muy apretada instancia;

Y el rey Aben-Hud perplejo
Algun tiempo, al cabo marcha
De Ben-Zeyan en auxilio
Como se lo demandaba.

Pensando despues volver
¡Oh cuan mal que lo pensara!
A recobrar la ciudad
Prez del islam en España.

Sin saberlo así seguia
La fatalidad que estaba
De Alá por el dedo escrita
De diamante en duras tablas.

Llegado que fué á Almeria,
Su Walí, que se nombraba
Abderramen, lo recibe
Con pruebas de amistad claras.

Mas pérfido aquella noche
Ahogó á Aben-Hud cuando estaba
Despues de un banquete ópimo
Descansando ya en su cama.

IX.

Ya de recibir socorros
Los moros desesperados
Por la muerte de Aben-Hud,
De capitular trataron.

Y personas señaladas
De moros y de cristianos
Diputados luego fueron
Para asentar los tratados.

No desconocian los moros
Lo crítico de su estado,
Mas duras les parecian
Las condiciones, al paso

Que su poder y sus fuerzas
Ponderaban los cristianos,
Y su clemencia ofrecian
Si se rindiesen de grado.

Forzoso fué al fin ceder,
Y se hallaron obligados
A admitir las condiciones
Que antes habian desechado.

Las vidas únicamente
Y bienes les otorgaron
Que por cada cual persona
Pudiesen ser trasportados;

Y facultad además
Para que libres y salvos
Pudiera cada cual irse
A dó le viniese en grado.

X.

A los seis meses de sitio,
Gozoso y alborozado
En la ciudad agarena
Entrára el rey don Fernando.

No entró altivo y arrogante,
De los antiguos romanos
La soberbia de los triunfos
Y ovaciones imitando;

Sino en una procesion
Que muy devotos formaron
Ricos hombres, caballeros,
Religiosos y prelados.

Y á la famosa mezquita
Enderezaron sus pasos
Dó por tantos siglos fuera
El alcoran venerado.

Y en lo alto del alminar
Una santa Cruz fijaron,
Y del Salvador el nombre
Fué cien veces aclamado;

Y del rey el estandarte
Al viento allí desplegaron,
En que lucen los castillos
Y leones recamados.

Luego despues acudieron
De los paises cristianos
Numerosos pobladores
Que la ciudad ocuparon.

Sobremanera contento
De haber tal ciudad ganado
Restituyóse á Toledo
El Rey Don Fernando el Santo.

L. M. R. C.

RUBIAS Y MORENAS.

CUESTION DILUCIDADA

POR UN MORENO Y UN RUBIO.

(Continuacion)

Cuando cuece en el horno
cualquiera pasta,
si se le dá un buen temple
queda tostada.

Poca cochura
insípidas las deja,
blanquizas, rubias.

R.

Gloria llaman á un dulce,
dulce muy rico,
y ese cuanto mas blanco
mas esquisito.

Asi las blancas
son sin duda unas glorias
almivaradas.

L.

Son las rubias, es cierto,
dulce de gloria,
y asi sus cualidades
empalagosas.

Mas las morenas,
mientras mas las conoces
mas las aprecias.

R.

En verdad que me dices
extrañas cosas;
porque ¿á quien ha cansado
nunca la gloria?

Las rubias bellas
son las únicas glorias
que hay en la tierra.

L.

Que el argumento eludas
doy de barato.
Mas di ¿no dá el misterio
á amor encantos?

¿Mas misteriosos
no son que los azules
los negros ojos?

R.

Misterioso tu llamas
lo que es opaco,
y en el alma produce
dudas y engaños.

Mas de seguro
no teme claridades
el amor puro.

L.

No desbarres por Cristo,
ni trueques frenos.
¡Decir que son opacos
los ojos negros!

¿Brilla lo opaco?
¿No son los negros ojos
brillante arcano?

R.

Arcanos son tinieblas
impenetrables,
y nunca los arcanos
fueron brillantes.

En ojos negros,
ó no hay pues resplandores
ó no hay misterio.

L.

¿No es Dios profundo arcano?
y dí: ¿no brilla?
¿No le llaman los hombres
sol de justicia?

¿Y los luceros,
no son, pese á sus rayos,
hondo misterio?

R.

Es Dios profundo arcano
para los hombres,
porque alcanzar no pueden
sus resplandores;

Para los santos
que su fulgor contemplan
ya no es arcano

L.

Si los santos le miran
en hora buena;
mas estamos nosotros
acá en la tierra;

y por lo tanto
la discusion prosiga
tejas abajo.

R.

Pues de tejas abajo
justo es que hablemos,
dime: ¿no son los ojos
del alma espejos?

Luego revelan
negros ojos el fondo
de un alma negra.

L.

Por axiomas no fijas
vulgaridades:
¿cómo reflejar puede
ser impalpable?

Si reflejaran,
sus luces pintarian
brillantes almas.

R.

Es la mejor de todas
la raza blanca;
y siempre fué la negra
la última raza.

Color moreno,
si bien no es el mas malo,
no es el mas bueno.

L.

El cuerdo no prefiere
jamás extremos,
que la virtud consiste
en un buen medio.

Y la morena
es el medio dulcísimo
de blanca y negra.

R.

Cuando son peligrosos
los dos extremos
sabio será el sistema
del justo medio.

Pero no es sabio
preferir á lo bueno
lo que es mediano.

— L.

Paz, tibieza y dulzura
la rubia ostenta;
vigor, pasión y fuego
la raza negra.

Tales encantos
las morenas reúnen
modificados.

— R.

Son pues esas morenas
por quien abogas,
lo que son en pintura
las medias sombras.

Color opaco,
indefinible mezcla
de bueno y malo.

— L.

¿Y qué es un cuadro, dime,
sin medias tintas?
amalgama chinesca
que causa risa.

Es bien seguro
que no existe belleza
sin claro-oscuro.

— R.

No tratamos de entrambas
cosas reunidas,
sino cual de ellas sola
será mas linda.

Yo en este caso
mucho mas que el oscuro
prefiero el claro.

— L.

Dé entrambas si tratamos,
que la morena
nacar tiene en sus dientes,
negro en sus cejas,
luz en sus ojos,
y en sus flexibles labios
colores rojos.

— R.

En el rico tesoro
de los amores
rubias son plata y oro,
morenas cobre.

¿Quién se fatiga
por adquirir moneda
de calderilla?

— L.

¿Son rubias oro y plata?
enhorabuena:
de goces al avaro
darán cosecha.

Al pecho amante
jamás prestaron goces
viles metales.

— R.

Si de metal son unas,
también las otras;
unas metal precioso,
muy ricas joyas;
mas las morenas
metales son de aquellos
que nadie anhela.

— L.

Es que yo no concedo
que sean metales
las morenillas lindas
que tanto valen;
y nada en ellas
si bien las examinas
metal semeja.

— R.

El metal es un símil
de que me valgo,
distinguiendo el moreno
del rubio y blanco.
Mas pues lo eludes,
te pondré otro argumento
con el cual sudas.

— L.

Venga, pues: en palenque
cerrado aguardo
con el lanzon en ristre
y escudo al brazo;
tipos morenos
á defender altivo
siempre dispuesto.

— R.

Para alejar del orbe
la sombra oscura,
Dios hizo el Sol dorado,
blanca la Luna.
Las que me agradan
aun son mas bellas siendo
rubias y blancas.

— L.

Para alejar del alma
la pena negra
dá Dios por ojos soles
á las morenas.
Mas de tus rubias
el color no es exacto
de sol ni luna.

— R.

Veo que vas perdiendo
ya la chaveta,
la razon te trastornan
esas morenas.
¡Qué desconcierto!
Decir que el sol no es rubio,
sino que es negro!

L.

El sol es fuego puro,
lucos destella.
¿No dan lucos los ojos
de las morenas?
Nadie lo niegue;
que son brillantes soles
de amor ardiente.

R.

Si esos ojos que dices
lucos destellan
serán un buen estudio
de pirotécnia;
pero repito
que soles tan oscuros
no los he visto.

L.

Las comparo á dos soles,
pues luz fulgaran:
si es poco esacto, menos
serán las rubias,
colores mates,
que ni á la luna pueden
asemejarse.

R.

¿Colores mates, dices?
¡cómo te ofuscas!
¿pues en qué se distinguen
morena y rubia?

En que ésta tiene
buen color, de que aquella
siempre carece.

L.

Del color no consiste
lo bueno ó malo
en que sea morenillo,
ni rubio ó blanco,
sino en que tenga
vida, calor, tersura
y transparencia.

R.

Trasparente es el cútis
De blanca y rubia,
¿qué mas vida pretendes?
¿qué mas tersura?
Tantas bellezas
falsamente atribuyes
á las morenas.

L.

Puede serlo y no serlo
segun los casos;
que en ello mucho influyen
edad y estado.
Y nadie niega
que mas terso es el cútis
de las morenas.
(Se continuará.)

R.

CRÓNICA SEMANAL.

I.

El campo con sus fiestas—ya nos convida,—con sus alegres bromas—que dan la vida,—y entre sus flores—el alivio se encuentra—de los dolores.

La sierra nos ofrece—tranquila calma,—sus arroyos y selvas—dan paz al alma,—y entre sus lomas—anidan á millares—blancas palomas.

—Todo eso está muy bien, pero no sabe V. lo que pasa?

—Qué pasa, porque yo nada veo.

—Es que en la sierra hay...

—Qué hay?

—Rosal.

—Ya lo creo; y no uno sino muchos.

—Es que ese Rosal es un apellido. Y por cierto que es rosal que produce bastantes espinas.

—Acabáramos; y quien le ha dado á V. esa noticia?

—El guarda de mi hacienda.

—Ah, ya!

—Y ha añadido que no debemos presentarnos este año por aquellas cercanias, porque...

—Ah, ya! Pues entonces: Niñas, que á coger flores—vais á la sierra,—no cruceis los caminos—de aquella tierra,—que hay un bandido—que con todos los guardas—tiene partido.

Se ha desacreditado la invencion y la sierra se va animando.

II.

La reunion literaria que tuvo lugar en la noche del dos del corriente en los salones del Sr. Conde de Torres-Cabrera estuvo tan animada y concurrida como las anteriores.

En ella, antes y despues del *buffet*, se leyeron lindisimas composiciones en prosa y verso por los Sres. Melendez del Sr. Alarcon, Gonzalez Ruano de la Sra. Doña Rosario Vazquez de Alfaro, Alcalde del Sr. Ca-

no, el mismo una suya, Jover y Sanz, Rojas, Mariscal, García Lovera (D. Ignacio) del Sr. Perez de Guzman, y Torres-Cabrera de los Sres. Perié y Prado y Torres.

A su tiempo se procedió, con las formalidades prescriptas por el reglamento, á la extraccion de temas para el certamen científico inaugurado en la reunion anterior, por el órden siguiente:

SEÑOR DON LUIS MARIA RAMIREZ.

Medicina.—Del influjo en el hombre de lo moral en lo físico y de lo físico en lo moral, tanto en el estado sano como en el de enfermedad.

SEÑOR DON LUIS MARAVER.

Numismática.—Memoria que dé á conocer la utilidad que sacan del estudio de la Numismática la historia, la geografía, las artes, y las ciencias en general.

SEÑOR DON FAUSTO GARCIA LOVERA.

Teologia.—Influencia del cristianismo en la sociedad.

SEÑOR DON AMADOR JOVER Y SANZ.

Derecho público.—¿Debe presentarse como origen conveniente de la constitucion del derecho público la doctrina de los hechos consumados?

SEÑOR DON JOSÉ CARRILLO.

Derecho penal.—Definicion de la pena. ¿Puede admitirse la de Becman que supone es el dolor causado de resultas del delito? ¿Satisface la de Grorio que dice es un mal que debe sufrirse impuesto por una mala accion?

III.

El tiempo sigue á pedir de boca.
La feria dicen que vá á ser muy buena.
El teatro se vá animando.
Los actores se esfuerzan.
El público aplaude.
El ornato agradece.
Yo pongo el punto final.

CHARADA.



Tienen tus negros ojos,
graciosa niña,
una red amorosa
siempre tendida,
de prima y cuarta,

tan sutil que no deja
salida al alma.
Al moverlos despides
siempre certera,
una *tercia segunda*
que al alma llega.
Niña, no miento;
son tus ojos mi *todo*,
son un portento.

GEROGLIFICO.

Gusto, Gusto, Gusto.

Solucion á las charadas insertas en el número anterior.

- 1.^o **MAZAPAN.**
- 2.^o **GRANADA.**
- 3.^o **FOUGUEUX.**

ADVERTENCIA.

Por una equivocacion que lamentamos, pero que es muy comun en empresas periodísticas, se puso la firma del Sr. D. J. de C. y O., Marqués de Gerona, al pié de una poesia titulada la Caridad, imitacion de Beranger, que se insertó en el número 13 de esta Revista correspondiente al dia ocho de Abril del corriente año. El referido Sr. nos escribe reclamando el error cometido, y nosotros nos apresuramos á manifestarlo así á nuestros lectores para que no se atribuyan á aquel escritor composiciones que no son suyas ni nos remitió con este objeto.

Editor y administrador, ANTONIO MARQUEZ

CORDOBA. — 1860.

Imp. y Lit. de D. Fausto Garcia Tena.